

# Una propuesta contra cultural

(Reflexión para Semana Santa)

Honegger Molina, s.j.



Crear a fondo en el Dios de Jesús de Nazaret nos podría conducir al derrumbe interno. Es retante. Hay que morir al pecado, que se explicita en egoísmo, soberbia, narcisismo, fariseísmo, materialismo, hedonismo y falsedad. Se trata de extirpar nuestros propios dioses. Eso duele hasta el punto de brotar sangre. Es desmontar todo el andamiaje que durante años hemos fabricado sobre Dios. Una batalla contra los «valores» de la sociedad que se torna punzante pero necesaria. Desafiante pero liberadora y sanadora.

Para lograrlo hay que empezar por vivir como vivió Jesús. Al respecto, el teólogo González Faus opina que «aprender a no adorar nada de lo que se ve, sin dejar por eso de amarlo, es uno de los más difíciles aprendizajes humanos». Yo lo he comprobado. Mis anterio-

res afectos y apegos a cosas materiales, ambiciones y proyectos personales me hacían perder tiempo y energía. Luchaba por conseguir cualquier clase de superficialidad.

Por otra parte, dejarlo todo con el pretexto de seguir a Jesús y no hacer más que seguirse a sí mismo es un auto engaño. Entonces se hace indispensable la pregunta: ¿Qué tan dispuesto estoy a vivir radicalmente la pobreza y el anonimato, incluso a someterme a humillaciones y fracasos tal como los experimentó Jesús? ¿Podré vivir la sabrosura de la resurrección, sin antes haber acompañado al crucificado en la agonía de la cruz?

El Nazareno sigue colgando del madero. Su rostro es desfigurado por las bofetadas del incumplimiento de las promesas electorales. Por la delincuencia. En las violaciones a criaturas indefensas. En los enfermos de los hospitales y en los presos torturados. Por éste Jesús ensangrentado en el mundo presente, es por quien se debería apostar. Así la vocación de servicio encuentra un sentido pleno; riesgoso, atrevido y retador, muy al estilo de Jesús.

El llamado es a no titubear. No se puede tolerar, ni callar ante tantas injusticias. No se trata únicamente de calmar la conciencia con las denuncias en los púlpitos o en la prensa, sino de ir más allá. Hay que acercarse para impedir las. La interrogante que emerge es ¿Cómo lograrlo ante la complejidad política que vive nuestro país? Realmente no es difícil. Es cuestión de ser coherentes. Si la opción es por

los pobres, hay que estar con ellos. Desgastarse viviendo con y como pobres. Buscar las alternativas para que los adolescentes de los barrios no consuman tanta droga, ni se caigan a tiros entre ellos. Luchar por el reenganche en el trabajo de la mujer que fue despedida por cuidar de su hijo enfermo. Acompañar al entierro del último muerto en el barrio a manos del hampa o del ajusticiamiento policial.

Amar a los pobres y abrazar su pobreza es mucho más significativo que invitarles a ser sujetos de su propia transformación. Elemento que también es necesario, pero secundario. Se trata de entrarle al misterio por el cual el Hijo del Hombre, nació, vivió y murió siendo pobre. Es tiempo de interrogarse ¿por qué Dios ha privilegiado tanto a los pobres?

El seguimiento radical de la propuesta de Jesús implica desinstalar. Tiene que pasar por la chifladura de la cruz y por la total pérdida de poder. Consiste en llegar a vivir con gozo el padecimiento propio y el ajeno, no por simple degradación, sino como renuncia a los apegos que obstaculizan la inmersión absoluta en Dios. Realidad que sólo se alcanza desde una auténtica pobreza de espíritu.